



**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

# EL DUELO EN LA SOCIEDAD DE CONSUMO:

Una mirada desde el  
psicoanálisis.

AUTORA: ARAGÜES MARÍA CAMILA.

LEGAJO: A-5402/1

DOCENTE RESPONSABLE: DI NARDO OLIVIA.

MODALIDAD DE PRESENTACIÓN: ENSAYO.

ROSARIO, 2021.

## ÍNDICE

<b>Resumen</b> .....	2
<b>Introducción</b> .....	3
<b>La concepción de la muerte y el duelo en los distintos períodos históricos</b> .....5 <b>Consideraciones acerca del duelo desde la perspectiva del psicoanálisis</b> .....7	
<b>Acerca de la sustitución: el tratamiento que la sociedad de consumo ofrece respecto del duelo y la pérdida</b> .....	10
<b>El psicoanálisis: una suerte de resistencia</b> .....	14
<b>Conclusión</b> .....	16
<b>Referencias bibliográficas</b> .....	18

## **Resumen**

En el presente ensayo se realiza un breve recorrido por los cambios históricos y sociales en la concepción de la muerte ya que el contexto socio-histórico se considera un aspecto fundamental a tener en cuenta al momento de elaborar un duelo e inscribir una pérdida. La sociedad de consumo actual es el escenario principal sobre el que se trabaja la temática del duelo, junto con los mandatos, prescripciones y características de la época. El propósito es poder conocer y abordar, desde una perspectiva psicoanalítica, el condicionamiento que este tipo de sociedad ejerce sobre los sujetos que se encuentran afectados por una pérdida y el tratamiento que la actualidad otorga tanto a la pérdida como al duelo. Se intenta reflexionar sobre dicha problemática, el duelo, teniendo presente diversos factores intervinientes tales como el consumo, el placer inmediato y el mandato de productividad. Por último, se introduce al psicoanálisis como resistencia frente a la ideología imperante en la sociedad de consumo, rescatando lo que se desdibuja en la figura del consumidor, a saber, el sujeto y realizando una fuerte apuesta por la singularidad.

**Palabras claves:** Duelo; Sociedad de consumo; Psicoanálisis

## **Introducción**

El tiempo presente es un tiempo que se encuentra colmado de exigencias y mandatos de productividad que se le imponen a los sujetos. Las prescripciones actuales se dirigen a los modos de vivir, de pensar, de hacer, de amar, e incluso a los modos de sufrir, de sentir dolor y, por lo tanto, a los modos de transitar un duelo y de inscribir una pérdida. El empuje a la felicidad, al triunfo y al consumo de distintos objetos son cuestiones que condicionan estos modos y perfilan una determinada dirección a seguir a la cual todos los sujetos deben adecuarse.

Por otra parte, cabe mencionar que el lugar que ocupa el duelo en la cultura y en las sociedades fue variando en las distintas épocas, como así también la representación que tiene la categoría de muerte, dependiendo del contexto sociohistórico. En este sentido, entonces, el presente trabajo pretende abordar el condicionamiento que la sociedad de consumo actual ejerce sobre el trabajo del duelo.

Ahora bien, realizar un recorrido por la temática del duelo desde una perspectiva psicoanalítica supone introducir algunas cuestiones. La definición de base que Freud (2017a) otorga al duelo ya considera que esta reacción puede ser desencadenada por la pérdida de un objeto de amor o de una abstracción. Dicha pérdida del objeto puede ser efectivamente la muerte, o un sacudimiento del vínculo con ese objeto, la fractura de esa relación, donde el objeto amado deja de ocupar un lugar específico para el sujeto. No obstante, conviene aclarar que el tipo de pérdida recuperada aquí será aquella que se da

a consecuencia de la muerte del objeto de amor.

Asimismo, otro aspecto fundamental a tener en cuenta es el estatuto que Freud le otorga al duelo: plantea que es un trabajo, el cual tiene que ser realizado por parte del sujeto. Dicho trabajo consta de poder retirar la libido del objeto perdido, y así recuperarla para poder investir nuevos objetos luego. El de la posibilidad o imposibilidad de sustitución del objeto, es un punto crítico, donde algunos autores, como Allouch, disienten respecto del postulado de Freud, planteando que no es posible la sustitución del objeto perdido.

Otro señalamiento importante que realiza Allouch es acerca de las variaciones históricas de la función del duelo y de la relación con la muerte, específicamente en Occidente. Comenta que Freud no tiene en cuenta estos aspectos al momento de elaborar *Duelo y Melancolía* encontrándose ausentes en dicho texto. Por consiguiente, en este ensayo, se considera pertinente atender a las condiciones epocales, reconociendo que las concepciones y significaciones acerca de la muerte se modifican a lo largo de la historia. En otras palabras, cada época define a la muerte y el lugar que otorga a sus prácticas cercanas -tales como los rituales, las ceremonias, el luto- de un modo diferente.

Al respecto, Ariés (2000) plantea que el duelo y, por ende, las prácticas que conlleva asociadas, se convirtieron en un tabú en la sociedad actual. Este proceso se vivencia en soledad, en la intimidad, y las costumbres, tradiciones y rituales sociales relacionados con la muerte ya no acompañan al doliente, de ahí que el sujeto lo superaría en su ámbito privado. Acerca de esto cabe preguntarse: ¿Es el duelo un asunto público o privado? ¿Requiere de ambas dimensiones?

Se propone como premisa que hay un modo específico de transitar el duelo que impone la sociedad al sujeto que sufre una pérdida, que hay un modo específico de relacionarse con las pérdidas y, por lo tanto, de transitar un duelo que condiciona al sujeto afectado.

En tal caso, ¿puede sugerirse que el tiempo actual empuja a una manía, haciendo referencia al uso freudiano del término? ¿A triunfar sobre la pérdida del objeto al modo maníaco? Estos interrogantes invitan a pensar el modo de tratamiento que la sociedad de consumo perfila en la actualidad respecto del duelo y de la pérdida.

En suma, se aspira a propiciar la reflexión sobre dicha problemática, tomando como punto de partida un breve recorrido por los cambios históricos en la concepción de la muerte y el duelo. Además, se tendrán en cuenta los mandatos imperantes del tiempo

3

actual considerados como factores intervinientes, tales como el consumo de diversos objetos que son ofrecidos 'maníacamente' al sujeto, el placer inmediato, la infatuación y el triunfo, los cuales pueden presentarse como una dificultad a la hora de poder situar e inscribir una pérdida.

### **La concepción de la muerte y el duelo en los distintos períodos históricos**

Un acontecimiento tan universal como la muerte, la terminación de la vida, el interrogante que se abre sobre si ocurre algo después de ella, son temáticas recurrentes en las distintas épocas y en las que cada momento -con sus condiciones sociohistóricas encuentra diversas maneras de responder acerca de ello. Pueden ubicarse variaciones,

cuestiones similares y concepciones antagónicas, pero en todos los tiempos, se han tenido consideraciones respecto de la muerte y sus prácticas asociadas, tales como el luto, el duelo, los rituales y las ceremonias.

Ariés (2000) realiza un recorrido histórico en torno a las ideas que las distintas sociedades han mantenido respecto de la muerte, las actitudes del hombre frente a ella y las ceremonias. Al respecto, plantea que en la época medieval la muerte se presentaba como algo familiar. Así, quien moría recibía anteriormente una advertencia que podía ser tanto por signos naturales, como por una convicción íntima. De modo que este era un rasgo esencial: la muerte dejaba tiempo para el aviso.

En este período, la muerte se presentaba como próxima, familiar y además era aceptada: concebida como el destino colectivo de la especie, era un acontecimiento que todos debían pasar en algún momento de la existencia. No se advertía un carácter demasiado dramático, ni un fuerte impacto emocional precisamente por esta aceptación y resignación del destino del hombre. Ariés denomina a esta forma de concebir la muerte como *muerte domesticada*.

Siguiendo el recorrido que propone el autor, fue a partir del siglo XII cuando se produjo una modificación en la concepción de la muerte. La preocupación se encontraba centrada en *la propia muerte*. Es decir, se produjo un viraje hacia la singularidad de cada individuo, adquiriendo de esta manera un sentido más dramático y personal.

A partir del siglo XVIII, por su parte, la muerte ya no se encontraba asociada a la resignación frente al destino de la especie ni tampoco a la propia muerte, sino más bien a la *muerte del otro* y esto era lo que se temía (Ariés, 2000).

Aquí es donde se puede pensar la problemática del duelo en relación a los seres queridos, a los 'otros' presentes en la vida de un sujeto que ocupan un lugar importante en ella. Comienza a haber un temor asociado a la pérdida del otro y esto es un factor desencadenante de distintas reacciones en el sujeto, entre ellas el duelo.

El autor menciona que hasta el siglo XVIII el luto cumplía una doble finalidad: por un lado, durante un cierto tiempo la familia del difunto estaba obligada a manifestar sus penas por la pérdida sufrida, y por otra parte, reglamentaba la tristeza y su expresión, fijándole un término. Por lo tanto, se le imponía al deudo un tipo de vida social que se caracterizaba por visitas de allegados, familiares y vecinos y en el transcurso de estos encuentros la pena se disipaba lentamente.

Aunque el lecho del moribundo y el ceremonial en torno a él seguían siendo el centro de la escena -una escena armada y organizada que muestra a la muerte como una ceremonia pública- a partir del siglo XIX, se produjo un cambio. Para comprenderlo mejor, conviene aclarar que en este mismo siglo tuvo lugar el Romanticismo. Este movimiento cultural y artístico apostaba fuertemente a la libertad expresiva y ha aparecido como respuesta a las expresiones mesuradas, prudentes y puramente racionales que se venían teniendo ante la muerte.

A propósito de esto, Ariés (2000) plantea que a dicha escena se incorporaron la manifestación de dolor, la turbación, el llanto y todos los sentimientos que el acontecimiento de la muerte producía en el resto de los seres allegados, dando lugar a una *exaltación de la muerte*. En cuanto a la mostración, puede ser pensada como una característica de este nuevo período, donde los deudos expresaban sus sentimientos con fervor y exponían su pesar de forma clara y evidente.

Si bien en la Edad Media, los muertos eran entregados generalmente a las iglesias -sin importar demasiado la localización de las sepulturas- a partir de los siglos

XVIII y XIX, las tumbas adquirieron un lugar central. Éstas empezaron a funcionar como elementos a los que los allegados pueden aferrarse para resistir la desaparición de su ser querido. Es decir que permitían sostener, simbólicamente, al difunto más allá de la muerte. Las tumbas pueden considerarse como un espacio en donde comenzó a ponerse en juego la presencia/ausencia del difunto y donde se realizaban distintos ritos funerarios

para honrar la memoria del muerto.

Ahora bien, en relación a la expresión de los sentimientos y afecciones que provoca la muerte, algunas actitudes culturales-convencionales son factibles de ser destacadas, puesto que son más bien generales. Por ejemplo, se suspende toda crítica hacia el muerto, se lo disculpa por sus actos y se lo honra con un discurso o epitafio favorable. Otra actitud es despedir junto con el difunto las esperanzas, las demandas que los allegados depositan sobre él y hay una negación a sustituir a la persona perdida (Freud, 2017b). Estas ejemplificaciones acerca de las actitudes hacia la muerte –y específicamente hacia la muerte del otro- señalan la complejidad de procesos que se desatan en el sujeto que es afectado por la pérdida.

Se pueden encontrar rasgos de negación a aceptar este acontecimiento, el empobrecimiento de la propia vida del allegado, inhibiciones y pérdida de interés en todo lo que no atañe al muerto, la renuencia a abandonar ese vínculo con el difunto, entre otras. Si el duelo es posible, esas actitudes y procesos forman parte de un largo trabajo de elaboración e inscripción de una pérdida.

Se llega entonces al siglo XX, en donde hubo una especie de viraje respecto a la concepción de la muerte, que Ariés (2000) denomina *muerte invertida*. Se ha invertido la relación con respecto a la muerte, lo que ya no hay es determinado tratamiento de la cuestión, sino por el contrario, un profundo rechazo a la misma. La muerte se encontró convertida en objeto de tabú y la tendencia comenzó a ser borrar, difuminar, hacer desaparecer todo lo que estuviese relacionado con ella. Esta concepción puede verse reflejada, por ejemplo, cuando se le oculta a la persona enferma su condición, su estado.

Mannoni (1992) hace referencia a ello cuando ubica –a partir del siglo XX- la segregación de la muerte y la enfermedad. Se las hace a un lado y la muerte queda asociada a eso que define como *innombrable*, a aquello que deja sin palabras, que no permite nombrar.

Tanto Ariés como Mannoni coinciden en que en este momento histórico, desde el siglo XX hasta la actualidad, se visualiza el interés marcado por no hablar de la muerte, por ocultarla. Además, la incorporación del hospital como institución y la figura del médico han transformado la escena -que lejos de ser una ceremonia pública refleja ahora un acto privado y solitario- donde la muerte se transita en soledad.

Si la muerte se convirtió en tabú, en algo inaceptable y prohibido, también lo hicieron, en consecuencia, los procesos asociados que ella conlleva: los ritos, el luto y el duelo, que dejan de ser prácticas públicas y sociales, para volverse íntimas y privadas. En relación a esto, Leader (2011) retoma una crítica que muchos autores, entre ellos Allouch, le hacen a Freud en torno al trabajo del duelo. Precisamente, se señala que descuida el aspecto social o comunitario que conlleva dicho trabajo, el cual no puede ser concebido únicamente de forma individual. Los ritos, las costumbres, las ceremonias son modos de insertar la pérdida en la sociedad y ofrecen un apoyo simbólico, además de involucrar al grupo social más amplio y no sólo a la familia inmediata y al sujeto que sufre la pérdida.

Al respecto, Lacan (2015) aporta un comentario sobre los ritos funerarios proponiendo que están destinados a satisfacer la memoria del muerto y que son - esencialmente- la entrada, la intervención de todo el juego simbólico. Dichos ritos intentan nombrar, simbolizar algo de aquel agujero en lo real que la pérdida provoca, por más que el significante no alcance para suturar ese agujero.

A partir de todas las modificaciones enunciadas cabe preguntarse: ¿cómo hace un sujeto para elaborar un duelo en el presente? ¿Con qué posibilidades se encuentra en la actualidad?

### **Consideraciones acerca del duelo desde la perspectiva del psicoanálisis**

En el texto llamado *La transitoriedad* escrito en 1915, Freud hace mención de la teoría del duelo, pero plasma su construcción sobre dicha problemática en *Duelo y*

*Melancolía*, escrito también en 1915 y publicado en el año 1917. En este último texto realiza un recorrido respecto de lo que es el trabajo del duelo y una explicación metapsicológica de la melancolía, destacando que se encuentra con algunas características compartidas y otras propias de cada reacción, ya que frente a una pérdida, algunos sujetos desarrollan un duelo, y otros, una melancolía.

Comienza definiendo el *trauer*, el duelo como “la reacción frente a la pérdida de la persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 2017a, p. 241). Plantea que se observan algunas desviaciones de las conductas ‘normales’ en la vida de ese sujeto afectado por una pérdida, pero se confía en que -transcurrido cierto tiempo- se supera y que es conveniente no perturbar ni interferir en este tiempo.

Dichas desviaciones se deben a que el sujeto afectado cancela el interés por el mundo exterior cuando ocurre la pérdida del objeto de amor. Se observan, además, inhibiciones, un estado de desazón profundo, un angostamiento del yo. Esto también sucede en la melancolía, pero en ésta se agrega un rasgo importante: la rebaja del sentimiento de sí, que se acompaña de autorreproches, autodenigraciones y expectativas de castigos.

Para comprender en qué consiste el trabajo del duelo, Freud (2017a) propone atender al examen de realidad. Éste muestra que el objeto amado ya no existe más, y lo que debe producirse es un quite de la libido de los enlaces con dicho objeto, es decir, que sean clausurados los anudamientos que se mantienen con él.

En este punto, Allouch (2011) manifiesta una de las tantas críticas que le realiza a Freud en el desarrollo de este tema: cuestiona que el examen de realidad sea el que pueda mostrar al objeto como perdido. Para este autor, el muerto no tiene el estatuto de inexistente en la realidad, sino que lo piensa desde otro término: desaparecido (que conlleva la posibilidad de volver a aparecer). Es justamente en la prueba de realidad que no se puede constatar la pérdida del objeto y retomando la cuestión de las nociones desaparición/inexistencia, sostiene que el duelo representa un pasaje entre ambas. Por lo tanto, la inexistencia del objeto perdido no puede reconocerse al comienzo y menos en la realidad, sino que se encuentra al final del duelo, cuando dicho pasaje entre desaparición/inexistencia es realizado.

Retomando lo expuesto en *Duelo y Melancolía*, otro aspecto fundamental a tener en cuenta con respecto del trabajo del duelo es que: “Se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico” (Freud, 2017a, p. 243). Algo a destacar aquí es que no se menciona cuánto tiempo se requiere para llevar adelante esta labor. Lo que interesa es que el yo pueda sobrellevar y cumplir con este trabajo del duelo para poder después invertir nuevos objetos sustitutos.

Algunos autores o diversas perspectivas teóricas estiman un tiempo cronológico determinado para el cual el duelo debe ser superado y si no se produce de esta forma, se entra en el terreno de lo patológico. Freud no hace mención a la duración del proceso del duelo, sólo acentúa el modo en que se ejecuta, pieza por pieza, requiriendo un gran esfuerzo psíquico por parte de quien lo lleva a cabo.

Sin embargo, la cuestión relativa al tiempo resulta un factor muy importante. En este sentido, puede pensarse que existen aquí dos acepciones acerca del tiempo en permanente tensión. Por un lado, el tiempo que requiere un sujeto para elaborar un duelo, y por otro, la concepción que se tiene del tiempo en la sociedad de consumo. Entonces, ¿cómo conciliar estas temporalidades? ¿Cómo puede el sujeto disponer de tiempo en una sociedad que no permite pausas?

En la actualidad, todo el tiempo debe ser llenado, debe estar colmado de acontecimientos y vivencias que proporcionen placer inmediato y felicidad, aunque sean momentos fugaces y que inmediatamente se consuman.

En palabras de Bauman (2007), la vida en la sociedad -que él denomina líquida, alejada del modelo sólido perteneciente a la modernidad- tiene una exigencia muy clara: la de no poder detenerse y por ende, estar siempre en movimiento.

Parece que la demora, la espera, la detención, son características que la sociedad de consumo no está dispuesta a tolerar. Todo momento debe ser productivo y el sujeto debe estar siempre haciendo alguna cosa.

Estas acepciones del tiempo conviven y están imbricadas, entrecruzadas. Ahora bien, cuando sucede un acontecimiento –como puede ser en este caso la pérdida de un ser querido- que toca al sujeto y lo enfrenta con una situación que requiere de tiempo para ser elaborada, éste puede encontrarse en una especie de encrucijada, con un cierto desfase entre lo que es el tiempo ‘subjetivo’ (aquel que va a requerir cada quien para poder inscribir algo del orden de la pérdida) y el tiempo ‘social’, que demanda una especie de no-parar, de continuar y de ajustarse a estas medidas, sea cual sea la circunstancia por la que esté atravesando el sujeto.

No se puede, de antemano, establecer precisamente cuánto tiempo dura la elaboración de un duelo por parte de un sujeto. Este trabajo se lleva a cabo de manera singular, con los recursos con los que cuenta cada quien, adecuado a cada tiempo ‘subjetivo’ y con el propósito de lograrse el des-anudamiento de los enlaces con el objeto perdido.

La ilusión de un tiempo estándar, que rige para todos por igual, es una especie de engaño. En otras palabras, dicha ilusión se expresa en la creencia de que todos los sujetos transitan la pérdida de la misma forma, de que todos elaboran un duelo de la misma manera.

Sin embargo, el mandato social de que todo funcione bien, que no haya detenciones ni pausas, pretende establecer exigencias para todos por igual, diluyendo lo singular: todos deben poder (de la misma forma, en el mismo lapso de tiempo, etc).

La cuestión está, entonces, en no ser avasallado por la vertiginosidad, por la velocidad y lo fugaz que caracteriza a la actualidad y lograr en medio de este panorama, la elaboración y la inscripción de una pérdida.

Por otra parte, retomando los postulados en relación al duelo, Freud (2017a) establece que el mundo del deudo se vuelve pobre y vacío (hasta que es posible encontrar un sustituto para volver a amar) pero que en la melancolía, esto le ocurre al yo mismo. El melancólico se describe a sí mismo como indigno, despreciable, se denigra, se hace reproches, se humilla y castiga. Este cuadro de delirio de insignificancia y de autoacusación, son dos rasgos propios de la melancolía. Además, Freud infiere que aquí hay en juego cuestiones más inconscientes a partir de precisar que el melancólico sabe a quién pierde pero no lo que pierde en él.

En la melancolía, las cargas libidinales que se desenlazan del objeto no quedan disponibles para desplazarse a sustitutos, sino que regresan al yo. Así encuentran un uso determinado que es establecer una identificación con el objeto resignado. “La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, pudo ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado” (Freud, 2017a, p.246).

Dos salidas son enunciadas respecto de la melancolía: por un lado, el suicidio, donde el sujeto, al darle muerte al objeto, se da muerte a sí mismo, y por otro lado, la manía que presenta los síntomas opuestos. Cuando el yo sucumbe, la salida está dada por el suicidio. Cuando el yo no sucumbe, domina y triunfa al seguir vivo. En este último caso, Freud declara que el yo vence a la pérdida de objeto. En este sentido, ¿es posible pensar que la sociedad de consumo empuje a este modo de vencer a la pérdida del objeto? ¿A una sucesión indefinida e infinita de objetos sustitutos con los cuales taponar la falta y alcanzar dicho triunfo?

Dobón y Hurtado (1998) plantean que el tiempo imperante en la sociedad de consumo –que denominan vértigo monótono- está plagado de satisfacciones sustitutivas.

La sustitución, con su proceder caracterizado como un desplazamiento continuo entre los objetos, es la que proporciona el efecto del 'vértigo', pero a la vez se suma el complemento 'monótono', porque es el funcionamiento habitual y cotidiano de dicha sociedad.

De manera que esto es lo que se ofrece: una variada gama de objetos disponibles para el consumo inmediato, los cuales durante un breve período de tiempo son satisfactorios para el sujeto pero que rápidamente demandan, los objetos mismos por su 'caducidad programada' y también por los mandatos sociales, ser sustituidos por otros.

La ideología imperante en este tipo de sociedad, sus prescripciones y sus mandatos le exigen al sujeto que sea una figura sin fallas, sin fisuras. El ideal de completud está allí muy presente y por ende, todos los objetos ofrecidos sirven a esta tarea: la de taponar la falta, la de evitar enfrentarse con el vacío, con el agujero que provoca en lo real la pérdida del objeto de amor.

Por lo que se refiere al duelo, el triunfo sobre el objeto perdido se produce porque el yo se deja llevar por las satisfacciones narcisistas que le otorga el estar con vida, y para no compartir el destino con el objeto, de a poco comienza a desanudar su ligazón con él.

Ahora bien, un aspecto que merece ser destacado es que el objeto que puede desatar en alguien un duelo o una melancolía debe tener una gran importancia para él, para que sea capaz de provocar alguna de las dos reacciones ante su pérdida. No todos los objetos cuentan con la potencialidad de producir esto. Y siguiendo esta misma línea, cabe resaltar lo que Lacan (2018) afirma: "sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos yo era su falta" (p.155).

Se puede vislumbrar, entonces, un cambio de dirección respecto de la pérdida. En Freud, se puede reconocer que el acento está puesto –fundamentalmente– sobre el objeto perdido y todo el trabajo psíquico de desasimiento libidinal que el sujeto tiene que llevar a cabo, a fin de poder quitar la investidura de aquello que se pierde.

Sin embargo, la renuencia a abandonar una posición libidinal, puede llegar a una psicosis alucinatoria, donde se produce un extrañamiento de la realidad y una retención de objeto. La resistencia es, justamente, a abandonar un lugar de satisfacción que ocupa ese sujeto vía el objeto. Continuando en esta línea, Lacan (2018) resalta la cuestión de la pérdida de lugar que se tenía para el otro.

En cuanto a este viraje respecto de la pérdida, se lo puede pensar articulado a la cuestión del fantasma que Lacan (2018) trabaja en el *Seminario X*. Los interrogantes *Che vuoi? ¿Qué me quieres?* ponen de relieve las preguntas que se le presentan al sujeto en relación al deseo del Otro y su enigma. Por lo tanto, cada quien intenta responder a la pregunta de *¿qué soy para el otro?* o *¿qué lugar ocupo para el otro?* a partir de una posición fantasmática sostenida en lo que cree que el Otro desea de él. Por consiguiente, el fantasma puede concebirse como esta respuesta que construye el sujeto frente al enigma del deseo del Otro.

Entonces, el lugar que se cree ocupar para el Otro, que ahora se pierde, está mediado por el fantasma. De ahí que se pueda pensar en una especie de *conmoción fantasmática* en quien está atravesando un duelo, donde hay un punto de vacilación, de pérdida de referencia acerca del propio lugar en relación a ese otro que se acaba de perder.

## respecto del duelo y la pérdida

Muchos aspectos postulados en relación al duelo no están exentos de contradicción y se hace especial hincapié en el tema de la sustitución (o no) del objeto perdido. Es un punto muy controversial que varios autores critican a Freud, entre ellos Allouch.

Cuando se realiza el desasimiento libidinal, es decir, el retiro de la libido que se encontraba invistiendo al objeto perdido para hacerla regresar al yo, éste puede volver a utilizar ese monto de energía libidinal para investir nuevos objetos.

De acuerdo con este postulado, entonces, puede observarse que el objeto por el cual se lleva adelante un trabajo del duelo es sustituible. No obstante, Allouch tomando como referencia el texto freudiano *La transitoriedad*, cuestiona y disiente acerca de la posibilidad de sustitución del objeto de amor. Al respecto, se pregunta: “Si pierdo a un padre, a una madre, a una mujer, a un hombre, a un hijo, a un amigo, ¿voy a poder reemplazar ese objeto? ¿No se relaciona precisamente mi duelo con él en cuanto irremplazable?” (Allouch, 2011, p. 49).

Según el autor, Freud sitúa en el duelo una relación de simetría, es decir, la libido colocada en el nuevo objeto encaja a medida con el vacío que la pérdida del objeto de amor provoca. Por lo tanto, acusa que dicha relación imposibilitaría que el sujeto se encuentre con ese vacío.

Además, Allouch (2011) expone que en la teorización freudiana la sustitución es una operación sin resto. En otras palabras, habría un colmamiento que realiza el objeto sustituto sobre el objeto perdido. Formula que esta versión romántica del duelo que propone Freud, culmina en una promesa de felicidad, de un nuevo encuentro con el objeto. Ahora bien, se puede relacionar la función que tienen los objetos de consumo con este tipo de operación, que van a obstruir todo aquello que pueda delatar a un sujeto en falta. Entonces, cabe preguntarse: ¿Qué promesas de felicidad pueden pensarse que ofrece el tiempo actual para no encontrarse la pérdida? ¿Quizás se trate, más bien, de un encuentro con la no-pérdida?

En *El malestar en la cultura*, Freud (2017c) plantea que los sujetos necesitan ‘quitapenas’ para hacer soportable la vida y los sufrimientos que ella conlleva. Entre estos lenitivos se encuentran el método químico (la intoxicación), la sublimación, el arte, la religión, entre otros. Se puede estimar que en la actualidad se agregan elementos a la lista, fundamentalmente el consumo.

La sociedad actual cuenta con la exigencia específica de consumir objetos indiscriminadamente -se trata de un consumo injustificado e ilimitado-. De este modo, la satisfacción, efímera, proporcionada por el objeto consumido intenta de algún modo taponar la falta en el sujeto. Merece ser recordado el ideal promovido en la actualidad: el de una figura completa, sin fallas ni fisuras. Por ende, el acto de consumir va en la dirección de obturar todo aquello que haga del sujeto, un sujeto inconsistente, barrado.

En este sentido, Franco (2013) sostiene que el Otro que se encuentra imperando en este período histórico social, es un Otro que vocifera un imperativo de goce ligado al consumo. La orden impartida es no dejar de consumir y disfrutar sin límites.

Sin embargo, mediante la devoración de objetos que va realizando el sujeto, se presenta esta cuestión paradójica: se acentúa que el sujeto está en falta, por el sentimiento de insatisfacción que éste presenta y por no poder cumplir nunca con el imperativo que le viene del Otro que siempre está insatisfecho y exige más, pero a la vez, es aquí donde se introduce la promesa con la que la sociedad de consumo capta a sus miembros en su circuito, a saber, la promesa de que es posible colmar dicha falta. La ilusión de la re-unión, junto con la pretensión de hacer creer que es posible suprimir la falta se vislumbra perfectamente en el tiempo actual.

Por lo tanto, las pérdidas son un problema capital en este tipo de sociedades actuales, ya que exponen al sujeto de forma completamente diferente al ideal que impera en este tiempo. Quien está afectado por una pérdida va a contramano de la completud pretendida, es alguien que se encuentra con un hecho que la sociedad segrega y que intenta mantener todo el tiempo al margen.

Así pues, es posible relacionar la respuesta ofrecida por la sociedad de consumo frente a la pérdida con el triunfo sobre la pérdida del objeto propio de la manía. Espinosa, García, y Stavchansky (2017) señalan que en la manía se encuentra una dificultad para tramitar la pérdida y que lo que se busca –vorazmente- es distraerse, no hacer caso de esa falta, intentando ocultarla mediante otro objeto de reemplazo, que rápidamente conducirá a otro sin que ninguno logre el objetivo de compensar esa falta. Plantean que es un efecto compulsivo de huida frente al vacío producido por la falta de objeto.

La invitación de la actualidad es continuar con la vida de forma eufórica y exaltada, a no detenerse ni poder salirse de la línea de productividad continua en la que los sujetos están insertos, sin olvidar el lugar privilegiado que ocupa el tiempo en la sociedad, equiparado mediante una ecuación al dinero, ya que la idea de perder tiempo se encuentra asociada a la pérdida de productividad y de ganancias, lo que resulta inaceptable para las exigencias de la sociedad. De ahí que dicha invitación puede ser considerada como un modo de posicionarse frente al dolor, frente al sufrimiento y frente a la pérdida.

La sociedad actual no se detiene ante las pérdidas y Barthes (2009) lo ilustra de manera excepcional:

Todo volvía a empezar en seguida: llegadas de manuscritos, peticiones, historias de los unos y de los otros y, cada uno empujando ante él, despiadadamente su pequeña petición (de amor, de reconocimiento): apenas había ella desaparecido, el mundo me ensordecía con: todo sigue. (p.149).

Entonces resulta que la sociedad ya no se ve afectada como conjunto social frente a la pérdida de uno de sus miembros, cosa que sí sucedía en otros periodos históricos, donde la muerte era sentida a nivel social, a nivel de la comunidad. La continuidad – característica fundamental de la época- se hace presente con tanta fuerza en la vida de los miembros de la sociedad que no deja espacio ni tiempo para tramitar o elaborar algún acontecimiento que toca al sujeto.

Se pueden deducir, entonces, dos clases de exigencias distintas a las que se encuentra expuesto quien está afectado por la pérdida del objeto de amor: una proviene, como se ha mencionado, de la sociedad de consumo en la que se encuentra inmerso, y otra que emana del trabajo del duelo propiamente dicho.

Por otra parte, Landriel (2016) señala que puede hablarse de una relación entre duelo y *Verleugnung* (desmentida), entendiendo ésta última como un modo de posicionarse que puede adoptar el deudo frente a la pérdida, como un modo de rebelión contra la realidad.

Se puede sugerir que el ofrecimiento de objetos de consumo por parte de la sociedad refuerza la desmentida que se produce en el duelo. Por ende, se asiste a un tiempo perverso. No sólo la manía, el triunfo sobre la pérdida del objeto, se encuentra presente en la actualidad sino también la desmentida propia de la perversión.

Lo más importante a destacar es que el duelo tiene que ser un trabajo elaborativo y se debe realizar el recorrido desde la ausencia del objeto hacia la inscripción de la pérdida (Landriel, 2016). Freud, al hablar de objeto sustituto, no elimina la posibilidad de que el duelo sea un trabajo de este tipo.

El objeto sustituto no debe ser pensado como fin o como consumación del duelo. En realidad, si se parte de una pérdida -fundante e inaugural- de un primer objeto, todos los objetos pueden ser considerados sustitutos, es decir, no hay objeto que no lo sea.

Por lo tanto, la existencia de una pérdida originaria hace que la capacidad deseante se ponga a funcionar en el sujeto y que el objeto encontrado no coincida nunca con ese originariamente perdido. Es lo que expresa Lacan (2008) cuando hace referencia a que el sujeto no deja nunca de engendrar objetos sustitutos, pero que lo que encuentra jamás es el mismo objeto.

Al respecto, Landriel (2016) afirma: “El carácter de sustituto no es otra cosa que la muestra de que el sujeto no se encuentra con el objeto de la satisfacción primaria, sino, más bien, con la perpetuación de su falta” (p. 106).

Además, agrega que si bien los objetos sustitutos van formando una serie, una cadena, en la que pueden ser agrupados, no dejan a su vez de imprimir una marca y es esto lo insustituible. Lo que resalta el autor es que el sustituto no borra esa marca que deja la pérdida de otro objeto.

Lo que es fundamental ubicar es que a partir de esta pérdida originaria es posible hacer mención del deseo y de esta búsqueda –siempre errática- por parte del sujeto, ya que *nunca es eso*. El encuentro con el objeto, desde el psicoanálisis, siempre es problemático. No hay posibilidad de reunión con ese primer objeto aunque no se haga más que intentar lograr ese re-encuentro. El ir encontrando sustitutos posibilita velar algo de esa falta estructural.

De manera que resulta interesante retomar lo que Lacan (2018) desarrolla sobre el objeto a, que él denomina como su único invento. Cuando trabaja la constitución del sujeto y plantea el primer esquema de la división, menciona que queda un resto producto de esa operación: este resto es el objeto a, que no tiene simbolización y tampoco se especulariza. El sujeto se divide en el campo del Otro y deviene este a, que es el que va a permitir el deseo, ubicado en el lugar de causa.

Esta novedad, introducida por Lacan, de situar al objeto detrás del deseo, es decir, el objeto a como motor, causa del deseo, difiere de los postulados de la fenomenología que supone un objeto por delante hacia el cual hay que dirigirse.

Por lo tanto, que el lugar de causa se encuentre vacío, que la función de la falta esté operando, es lo que posibilita mantener la dialéctica del deseo. Dicho de otro modo, la pérdida es condición para la constitución del sujeto, es fundante e inaugura este recorrido incesante.

Por lo que se refiere al objeto, Freud (2017d) en *Pulsiones y destinos de pulsión* hace una aclaración importante. Plantea en dicho texto que la pulsión –como fuerza constante que no puede ser despachada mediante una acción específica, a diferencia del estímulo- tiene un objeto de lo más variable. Es decir, el objeto de la pulsión no se encuentra prefijado, configurado de antemano. Este postulado también sirve para pensar la dificultad del encuentro con el objeto y de una búsqueda que nunca logra más que apaciguarse para volver a relanzarse. Esta naturaleza insatisfactoria de la pulsión reaviva la búsqueda con nuevos sustitutos.

Este punto se considera importante porque permite realizar una extrapolación a la actualidad y divisar, por ejemplo, el tratamiento que la sociedad de consumo le otorga al objeto de amor. Hace de él un objeto de consumo y esto puede visualizarse, por ejemplo, en las aplicaciones y redes sociales que hacen posible elegir al objeto de la misma manera en que se selecciona cualquier mercancía o producto expuesto en una góndola.

Entonces, se puede aventurar la idea de que la persona que transita un duelo tiene a disposición una variedad enorme de objetos a elegir y de este modo encontrar un sustituto. Se puede pensar en una rebaja (¿degradación?) de los objetos de amor a puros objetos de consumo, que se encuentran allí a la espera de que alguien venga por ellos y los elija. Por lo tanto, el consumo se erige como la salida ‘más eficaz’ que se le ofrece al deudo para que logre superar una pérdida, siendo la *superación* un rasgo muy presente en la época actual.

Sin embargo, la pérdida sufrida por alguien que está transitando un duelo no se elabora tan fácilmente como se pretende. No se trata de un simple intercambio entre objetos, de transacciones entre unos y otros. El objeto que se pierde quiere ser retenido

12

por el sujeto con todas sus fuerzas. Puede verse reflejado claramente al comienzo del duelo, donde una primera etapa de renuncia a aceptar este acontecimiento, tiene una impronta muy fuerte. También lo evidencia el gasto de tiempo y energía psíquica, muy costosa, que el trabajo del duelo impone a quien lo está llevando adelante.

Recapitulando acerca de lo que Franco (2013) denomina como el Otro presente en cada momento histórico social y lo que éste le ofrece al deudo, en relación a las posibilidades y modos de elaborar e inscribir una pérdida, se insinuó que las repuestas más 'eficaces' ofrecidas están ligadas al consumo. Ahora bien, cabe preguntarse si en la actualidad los sujetos encuentran nuevas formas de llevar adelante sus duelos.

Se asiste a una época en donde el duelo y sus prácticas asociadas se convirtieron en un tabú (Ariés, 2000). La esfera privada es la que predomina en el tratamiento del duelo, ya que se lo transita en intimidad, en profunda soledad.

Sin embargo, puede reconocerse aquí un punto controversial, a saber, que la división entre lo público y lo privado no es una separación tajante, sino que ambas dimensiones se influyen mutuamente. Tanto lo que tiene que ver con la comunidad, con lo social en el sentido más amplio como también lo más íntimo de cada sujeto, se ponen en juego al momento de afrontar una pérdida.

Entonces, ¿es lícito decir que la esfera pública ya no tiene preponderancia en lo que respecta al duelo? Mejor dicho, ¿se puede pensar en que han mutado las prácticas que conciernen a lo público? No es lo mismo señalar que algo desaparece, a mencionar que quizás eso que antes se realizaba de determinada manera, actualmente se lleva a cabo de otra forma.

Ante la perturbación o la desorientación que puede generar la muerte del otro, el sujeto adopta actitudes y rituales que se hallan enmarcados en el contexto socio-histórico en el que se encuentra.

Es probable que el tiempo presente no se encuentre colmado de ritos y ceremonias que en otro momento tuvieron un lugar insoslayable al tratar con la muerte y la pérdida. Pero se pueden pensar en nuevos escenarios donde esto se pone en juego, con características más propias de una sociedad atravesada por el consumo.

El constante uso de los dispositivos tecnológicos, la exposición en las redes sociales y los posteos, produce una especie de interfase entre estas dos esferas, pública y privada, de la vida de los sujetos.

La cuestión reside en ver de qué forma estos nuevos modos de tratamiento, como puede ser el caso de las redes sociales y en exponer allí alguna publicación que refiera a la muerte de un ser querido o posteos que vislumbren que alguien está transitando un duelo, pueden habilitar (o no) a la elaboración de una pérdida.

Si bien lo que se pretende desde la ideología imperante en la sociedad es ocultar y segregar todo aquello que tenga que ver con el malestar y el sufrimiento humano, esto nunca puede ser logrado completamente. El sujeto siempre se las arregla para encontrar distintas alternativas y 'rebelarse', en cierto modo, contra los mandatos establecidos.

### **El psicoanálisis: una suerte de resistencia**

El psicoanálisis posibilita pensar no sólo en la problemática del duelo, sino que también aporta una lectura posible acerca de lo social, precisamente, el modo en que la sociedad intenta, a través de sus imperativos, sus mandatos y su lógica, moldear a los sujetos para que se adapten a ellos.

Al respecto, Roudinesco (2015) señala que lo que se valoriza en las sociedades contemporáneas es al hombre-máquina en detrimento del hombre deseante. Agrega, además, que la tendencia es la de borrar una realidad que está intrínsecamente ligada al sujeto, tal como lo es el conflicto social, la muerte, la violencia, cuestiones trabajadas por Freud en *El malestar en la cultura*.

Lo que se pretende es evitar que esto se ponga de relieve y por lo tanto, cada sujeto debe no manifestar-se, es decir, no tiene que mostrar su malestar, su sufrimiento, su desdicha y también se pretende que esté a la altura del ideal que comanda la sociedad.

Asimismo, la autora apunta que la neurofarmacología intenta dominar el terreno de lo que, desde dicho paradigma, se consideran 'trastornos' y así, a lo que se aspira, sin más, es a suprimir los síntomas o las manifestaciones de los diversos cuadros.

Se asiste a una época en la que todos los sujetos deben adecuarse a los modos de vivir, de morir y de sufrir que establece la sociedad, una época que pretende que todo se rija bajo un estándar inamovible al que cada uno tiene que adaptarse. Quien no lo hace, es apartado, clasificado y diagnosticado.

Afortunadamente, se cuenta con el psicoanálisis que habilita a reflexionar acerca de todos estos preceptos, ya que lo universal, lo general, el *slogan* de 'para todos por igual' no encuadra en esta perspectiva.

Por consiguiente, se puede considerar que el tránsito de un sujeto por un duelo es abordado por el psicoanálisis desde la singularidad, desde el caso por caso, teniendo presentes los recursos con los que cada uno cuenta en su vida para poder elaborar e inscribir una pérdida.

No se trata de lo asistencial, de la empatía, de lo solidario y tampoco se busca, desde el psicoanálisis, la imposición de valores, de universales y de convicciones. Dicha imposición, quizás sea lo más conveniente para una sociedad como la actual, donde a partir de establecer un valor aplicable a todos sus miembros se buscará una solución rápida y eficaz, con la intención de apaciguar cualquier manifestación para lograr que las cosas sigan su curso. La búsqueda de homogeneizar a los sujetos y de aplicar respuestas idénticas a todos ellos destituye la posibilidad de pensar en lo singular de cada sujeto, que se convierte en uno más de un conjunto que no recorta sus particularidades sino, al contrario, donde se las elimina.

Frente al avasallamiento que sufren los sujetos –por la época en la que se encuentran y por transitar la pérdida de un objeto de amor- el psicoanálisis habilita un

espacio de escucha. Este espacio no involucra promesas ni garantías, a diferencia del discurso social actual que cuenta con estas características.

Por ende, es fundamental que el no-saber sea sostenido por quienes llevan a cabo una práctica analítica, en el sentido de no establecer a priori qué es aquello con lo que un analista se puede encontrar y que el saber se encuentre del lado del sujeto. Además, que el malestar y el sufrimiento psíquico no sean 'eliminados' con fármacos, que se apueste a un espacio en donde circule la palabra y en donde el decir del analizante sea lo primordial, es la apuesta que se realiza desde el psicoanálisis y es, también, un modo de resistir a la ideología de la época actual.

A lo largo de toda la obra freudiana se advierte acerca de la importancia que tiene lo que el sujeto dice. En el caso del duelo, Mannoni (1992) hace referencia a la muerte como un acontecimiento que deja sin palabras, que no permite nombrar. Por el contrario, la apuesta analítica puede ser considerada como la contracara de esto *innombrable*, ya

14

que se le otorga a la palabra un peso significativo y resulta fundamental el tratamiento discursivo, hablar de la pérdida, poder nombrarla y expresar el sufrimiento y dolor que habita a un sujeto tras sufrir una pérdida.

El espacio que ofrece el psicoanálisis, la apuesta por el surgimiento de la palabra y que alguien pueda confrontarse con eso que le pasa es un modo de rebelarse a la lógica presente en la sociedad actual donde nada debe manifestarse ni interrogarse.

## **Conclusión**

Un hecho universal como la muerte cuenta con diversas significaciones y representaciones asociadas. Éstas permiten vislumbrar cómo cada momento histórico intenta producir y dar sentido a este acontecimiento, ver de qué forma abordarlo y observar el tratamiento que cada época le otorga a la muerte. Dicho tratamiento posibilita o deja de lado las distintas prácticas asociadas como puede ser el luto, los ritos y las ceremonias.

Por ende, es posible perfilar dos grandes modos de tratamiento diferentes que las sociedades otorgan al duelo y a la muerte. Por un lado, a partir del siglo XII, sociedades en donde se realizaban ceremonias conmemorativas que afectaban tanto al individuo, a la familia y al grupo social, y por otro, la sociedad a partir del siglo XX, donde se produjo una metamorfosis importante respecto de esta cuestión, donde no se encuentran demostraciones públicas y todo se restringe al dominio individual y privado.

Se observa, entonces, cómo cada época le da a la muerte un lugar específico y cómo legitima o desestima las prácticas vinculadas a ella. Es posible distinguirlo en la 'obligatoriedad' del duelo en determinado momento y la 'ausencia' de duelo, por ejemplo, en la actualidad, donde el imperativo de la felicidad y la productividad obturan el dolor, la tristeza y los tiempos requeridos para su tramitación.

De modo tal que lo que la sociedad de consumo hace es no dejar tiempo para la elaboración del duelo, abrumando a los deudos con un ofrecimiento desmedido de objetos que se encuentran, además, en dirección de favorecer una desmentida de la pérdida. Se presenta una dificultad a la hora de poder situarla y elaborar un duelo.

Se puede establecer un vínculo entre manía y perversión –triunfar sobre la pérdida del objeto y la desmentida como posición que puede adoptarse frente a la pérdida- que permite reflexionar acerca del tratamiento que la sociedad de consumo ofrece respecto de las pérdidas y el duelo.

Por eso es fundamental conocer las posibilidades con las que se encuentra un sujeto en la actualidad y cuáles son las condiciones culturales, históricas y sociales que contribuyen o no a la elaboración de una pérdida.

Como ejemplo se puede tomar la influencia de las redes sociales que, además, es un punto interesante para pensar las redes como una interfase entre lo público y lo privado y sobre el límite difuso que intenta diferenciar estas dimensiones. Si un usuario afectado por una pérdida comparte posteos acerca de su vivencia, hace que la división entre público y privado se termine de difuminar, porque un hecho más bien íntimo es expuesto públicamente. Se lo puede sugerir, acaso, como una nueva práctica que acompaña al duelo en la época actual.

Por otra parte, desde el psicoanálisis es posible realizar una lectura crítica de este contexto social y rescatar lo que se pierde o desdibuja en la figura del consumidor, a saber, el sujeto.

Específicamente, en lo que respecta a la problemática del duelo, no puede decirse que existan manuales o soluciones preconfiguradas sobre cómo transitarlo, ni tampoco establecer un tiempo y etapas fijadas de antemano. Este tipo de lógica no se sostiene desde el psicoanálisis, es decir, no hay universales que puedan aplicarse y esto mismo lo convierte en una resistencia. El psicoanálisis resiste, va a contramano y pone un límite a lo pretendido por la sociedad actual, donde lo que se procura es una 'solución' válida para todos por igual, que acalle cualquier tipo de manifestación de malestar y dolor en el sujeto.

De manera que lo central es que siempre algo desborda a este tránsito condicionante que se le impone al sujeto desde la sociedad, siempre hay un resto que no se encuadra en eso impuesto.

La apuesta analítica radica en la singularidad de cada quien y la elaboración del duelo va a depender específicamente del sujeto, de sus tiempos y los avatares que éste tenga que atravesar.

**Referencias bibliográficas**

Allouch, J. (2011). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata.

- Ariés, P. (2000). *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona: Acantilado.
- Barthes, R. (2009). *Diario de duelo*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dobón, J. y Hurtado, G. (Comp.) (1998). *Las drogas en el siglo...¿Qué viene?* Buenos Aires: Asociación Médica Argentina. Datavisión.
- Espinosa, A., García, R. y Stavchansky, N. (Coordinadores) (2017). *Duelo y melancolía. Freud. Conmemoración centenaria*. México: Universidad Veracruzana.
- Franco, Y. (2013). Sé feliz en el consumo: el Otro te ama. *Psicoanálisis ayer y hoy*. Recuperado de: <https://www.elpsicoanalisis.org.ar/nota/se-feliz-en-el-consumo-el-otro-te-ama/>
- Freud, S. (2017a). "Duelo y melancolía". *En Obras completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2017b). "De guerra y muerte. Temas de actualidad". *En Obras completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2017c). "El malestar en la cultura". *En Obras completas, Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2017d). "Pulsiones y destinos de pulsión". *En Obras completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (2008). *El seminario, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- (2015). *El Seminario, Libro 6, El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- (2018). *El Seminario, Libro 10, La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Landriel, C. (2016). *El duelo*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Leader, D. (2011). *La moda negra. Duelo, melancolía y depresión*. Madrid: Sexto Piso.
- Mannoni, M. (1992). *Lo nombrado y lo innombrable*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Roudinesco, E. (2015). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós.